

Las ciencias sociales han padecido desde su nacimiento una definición y un estatuto ambiguos. Al principio parecía clara su distinción con respecto a las ciencias naturales, pero el desarrollo académico, por un lado, de las humanidades, y las crecientes implicaciones sociales de las disciplinas de la naturaleza, por el otro, hicieron borrosos sus límites disciplinarios. Al propio tiempo, el desarrollo impetuoso de las universidades en todo el mundo vino a hacer imperiosa una reflexión seria sobre la estructuración de las ciencias sociales.

A tal urgencia da respuesta este libro. Patrocinados por la Fundación Gulbenkian, diez eminentes académicos de diferentes países —seis de las ciencias sociales, dos de las humanidades y dos de las ciencias naturales— se vinieron reuniendo bajo la presidencia de Immanuel Wallerstein, desde julio de 1993. El resultado de sus deliberaciones es este informe compacto, serio, orientado hacia conclusiones concretas, que ponen sobre sus pies a las ciencias sociales en la víspera del nuevo milenio.

Los problemas eran y son considerables: jerarquía entre pasado y presente, entre universalismo y particularismo, entre enfoques ideográficos y nomotéticos; multiculturalismo, interdisciplinariedad, proliferación confusa de programas universitarios de investigación, escasez de recursos, implicaciones políticas, etcétera.

La función primordial del informe es la de extender la discusión a la mayor cantidad de ámbitos universitarios, debatir problemas locales subyacentes, elaborar con precisión los problemas interdisciplinarios, y sensibilizar al Estado y a las instituciones oficiales y privadas para el mantenimiento y desarrollo de investigaciones sociales urgentes, altamente redituables en los campos de la vida pública.

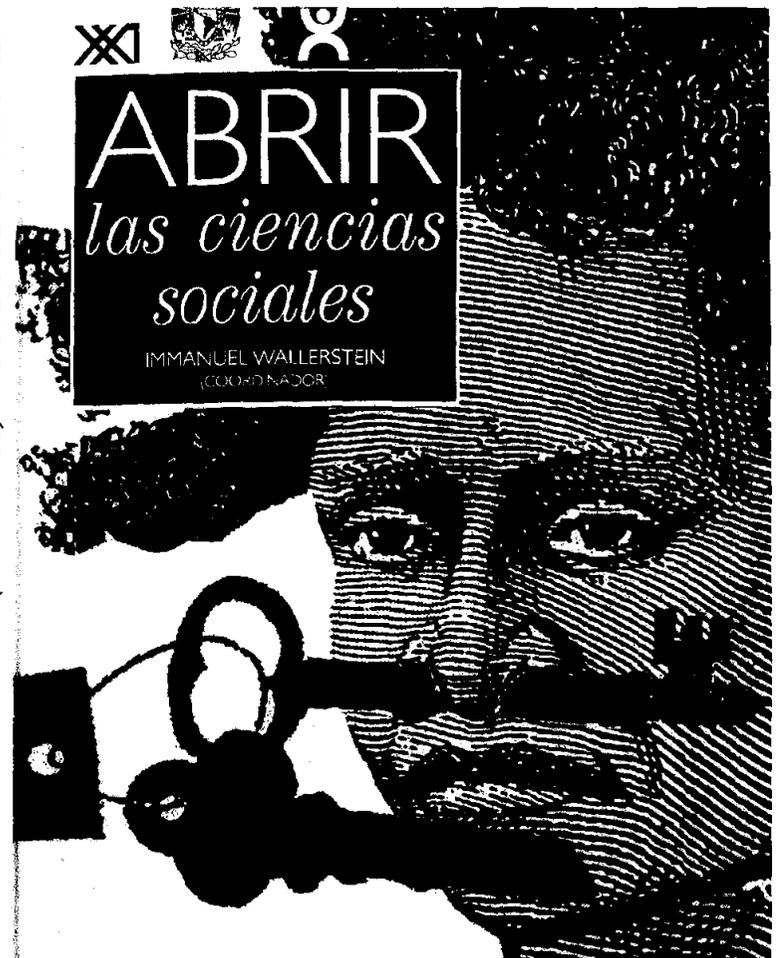
El libro se cierra con cuatro posiciones prácticas: 1) agrupamientos de estudiosos, por un año, con apadrinamiento institucional, en torno a puntos específicos apremiantes; 2) establecimiento de programas universitarios de investigación, con fondos para cinco años, cortando interdisciplinariamente las líneas tradicionales; 3) nombramientos de profesores en dos áreas o departamentos de estudios diferentes y 4) incorporación a los grupos de investigación de estudiantes de posgrado involucrados tal como los profesores académicos.



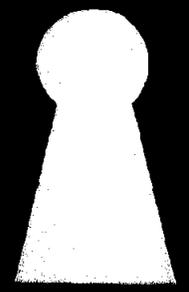
UAM-X FECHA 25/01/20
 9 789682 320125
 PREC. LISTA 105.00
 ABRIR LAS CIENCIAS SOCIALES
 SECCION: METODOLOGIA

IMMANUEL WALLERSTEIN (COORDINADOR) • ABRIR LAS CIENCIAS SOCIALES

XXI
ABRIR
las ciencias
sociales
 IMMANUEL WALLERSTEIN
 (COORDINADOR)



*Comisión Gulbenkian para la
 reestructuración de las ciencias sociales*
 Immanuel Wallerstein (presidente)
 CALESTOUS JUMA • EVELYN FOX KELLER
 JÜRGEN KOCKA • DOMINIQUE LECOURT
 V.Y. MUDIMBE • KINHIDE MUSHAKOJI
 ILYA PRIGOGINE • PETER J. TAYLOR
 MICHEL-ROLPH TROUILLOT
 RICHARD LEE (SECRETARIO CIENTÍFICO)



traducción de
STELLA MASTRÁNGELO

ABRIR LAS CIENCIAS SOCIALES

Informe de la Comisión Gulbenkian
para la reestructuración de las
ciencias sociales

coordinado por
IMMANUEL WALLERSTEIN

Comisión Gulbenkian:
IMMANUEL WALLERSTEIN, presidente
CALESTOUS JUMA * EVELYN FOX KELLER
JÜRGEN KOCKA * DOMINIQUE LECOURT
VALENTIN Y. MUDIMBE
KINHIDE MUSHAKOJI * ILYA PRIGOGINE
PETER J. TAYLOR
MICHEL-ROLPH TROUILLOT
RICHARD LEE, secretario científico





siglo xxi editores, s.a. de c.v.

CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310, MÉXICO, D.F.

siglo xxi editores, s.a.

TUCUMÁN 1621, 7º N, C1050AAG, BUENOS AIRES, ARGENTINA

siglo xxi de españa editores, s.a.

MENÉNDEZ PIDAL 3 BIS, 28036, MADRID, ESPAÑA

portada de germán montalvo

primera edición en español, 1996

décima edición en español, 2007

© siglo xxi editores, s.a. de c.v.

en coedición con

el centro de investigaciones interdisciplinarias en
ciencias y humanidades, unam

isbn 10: 968-23-2012-7

isbn 13: 978-968-23-2012-5

“El mundo del siglo XXI” es una colección que se propone publicar algunas de las obras más significativas de los investigadores y pensadores contemporáneos de Asia, África, América Latina, Europa y Norteamérica.

A la necesidad de estudiar cualquier problema local, nacional o regional en el contexto de la globalización y de las redes internacionales y transnacionales cada vez más significativas en la evolución contemporánea, se añade un creciente movimiento intelectual que busca plantear los problemas mundiales y regionales desde las distintas perspectivas geográficas y culturales, en posiciones que no sean “eurocentristas” y que tampoco invoquen las especificidades de cada cultura y civilización para ignorar el carácter universal y plural del mundo.

La colección “El mundo del siglo XXI” buscará publicar estudios de los problemas más importantes de nuestro tiempo y su análisis en relación con la sociedad, la economía, la política y la cultura. Algunas obras pondrán más énfasis en ciertos campos de las especialidades disciplinarias, otras vincularán a varias disciplinas para el análisis de los distintos temas. La obra constituirá una selección muy útil para adelantarse en los problemas de nuestro tiempo y del futuro de la humanidad.

La colección procurará que en sus primeros cien libros se encuentren algunos de los mejores que hoy se publican en todo el mundo.

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA

[VII]

ÍNDICE

PREFACIO	1
1. LA CONSTRUCCIÓN HISTÓRICA DE LAS CIENCIAS SOCIALES DESDE EL SIGLO XVIII HASTA 1945	3
2. DEBATES EN LAS CIENCIAS SOCIALES, DE 1945 HASTA EL PRESENTE	37
3. ¿QUÉ TIPO DE CIENCIA SOCIAL DEBEMOS CONSTRUIR AHORA?	76
4. CONCLUSIÓN: LA REESTRUCTURACIÓN DE LAS CIENCIAS SOCIALES	102

PREFACIO

En la segunda mitad de la década de 1980, la Fundación Calouste Gulbenkian patrocinó lo que llegó a ser la primera y muy fructífera fase del proyecto "Portugal 2000", que generó un conjunto valioso de reflexiones sobre el marco y los principales puntos relacionados con la posible o probable trayectoria de la nación portuguesa en el amanecer del siglo XXI. Esos pensamientos e investigaciones han sido publicados en portugués en la serie "Portugal. Los próximos veinte años".

Mientras se desarrollaba esa iniciativa, la Fundación trató de apoyar las reflexiones y los trabajos sobre temas de índole global y problemas cuya consideración y solución eran consideradas esenciales para la búsqueda común de un futuro mejor para la sociedad. En ese contexto parecía apropiado examinar las ciencias sociales y el papel que desempeñan, tanto en términos de las relaciones entre las distintas disciplinas como en la relación de todas ellas con las humanidades y las ciencias sociales. De hecho, las grandes realizaciones intelectuales de los últimos treinta o cuarenta años que condujeron al moderno estudio de la vida y la ciencia de la complejidad, la reciente necesidad de "contextualización" de universalismos en relación con el diálogo cada vez mayor entre culturas, y el aumento de la educación universitaria desde fines de la década de 1950 fueron factores que tuvieron gran influencia en la práctica de los científicos sociales, lo que deja muy poco espacio para las preocupaciones de naturaleza estructural y organizacional.

Dicho de otro modo: la superación de la actual estructura de la disciplina ¿no debe ser considerada como un dilema central de las ciencias sociales en el estado actual de su evolución?

Fue por eso por lo que la Fundación Calouste Gulbenkian recibió con beneplácito la propuesta del profesor Immanuel Wallerstein, director del Fernand Braudel Center de la Universidad de Binghamton, para dirigir el esfuerzo intelectual de un grupo internacional de estudiosos sumamente distinguidos —seis de las ciencias sociales, dos de las ciencias naturales y dos de las humanidades— en una reflexión sobre el presente y el futuro de las ciencias sociales.

La Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales se creó en julio de 1993 con el profesor Wallerstein como presidente. Su composición refleja tanto la profundidad como la amplia perspectiva necesarias para alcanzar el análisis que se presenta en el texto que sigue.

Abrir las ciencias sociales es un libro serio, generoso y provocativo que presenta fielmente la atmósfera y la vivacidad de los trabajos de la Comisión Gulbenkian durante los dos años que siguieron a su creación. Se celebraron tres reuniones plenarias, la primera en la sede central en Lisboa en junio de 1994, la segunda en la Maison de Sciences de l'Homme en París en enero de 1995, y la tercera en el Fernand Braudel Center en Binghamton en abril de 1995.

El nivel intelectual de *Abrir las ciencias sociales* se debe principalmente a la capacidad de los eminentes individuos que formaron parte de la Comisión, pero el resultado final habría sido imposible sin el entusiasmo, la determinación y las cualidades de dirección de Immanuel Wallerstein, y también este hecho debe ser reconocido y agradecido aquí.

Fundación Calouste Gulbenkian

1. LA CONSTRUCCIÓN HISTÓRICA DE LAS CIENCIAS SOCIALES DESDE EL SIGLO XVIII HASTA 1945

Pensar la vida como un problema inmenso, una ecuación o más bien una familia de ecuaciones parcialmente dependientes, parcialmente independientes, unas de otras entendiendo que esas ecuaciones son muy complejas y llenas de sorpresas, y que a menudo somos incapaces de descubrir sus "raíces".

FERNAND BRAUDEL*

La idea de que podemos reflexionar de forma inteligente sobre la naturaleza de los seres humanos, sus relaciones entre ellos y con las fuerzas espirituales y las estructuras sociales que han creado, y dentro de las cuales viven, es por lo menos tan antigua como la historia registrada. Son los temas que se examinan en los textos religiosos recibidos y también en los textos que llamamos filosóficos, aparte de la sabiduría oral transmitida a través de las edades, que a menudo en algún momento llega a ser escrita. Sin duda, buena parte de esa sabiduría es resultado de una selección inductiva de la plenitud de la experiencia humana en una u otra parte del mundo en periodos larguísimos, aun cuando los resultados a menudo se presentan en forma de revelación o deducción racional de algunas verdades inherentes y eternas.

* Prefacio a Charles Morazé, *Les bourgeois conquérants*, París, Armand Colin, 1957.

Lo que hoy llamamos ciencia social es heredera de esa sabiduría, pero es una heredera distante, que a menudo no reconoce ni agradece, porque la ciencia social se definió conscientemente a sí misma como la búsqueda de verdades que fueran más allá de esa sabiduría recibida o deducida. La ciencia social es una empresa del mundo moderno; sus raíces se encuentran en el intento, plenamente desarrollado desde el siglo XVI y que es parte inseparable de la construcción de nuestro mundo moderno, por desarrollar un conocimiento secular sistemático sobre la realidad que tenga algún tipo de validación empírica. Esto fue lo que adoptó el nombre de *scientia*, que significaba simplemente conocimiento. Desde luego también la palabra filosofía, etimológicamente, significa conocimiento, o más bien amor al conocimiento.

La llamada visión clásica de la ciencia, que predomina desde hace varios siglos, fue constituida sobre dos premisas. Una era el modelo newtoniano en el cual hay una simetría entre el pasado y el futuro. Era una visión casi teológica: al igual que Dios, podemos alcanzar certezas, y por lo tanto no necesitamos distinguir entre el pasado y el futuro puesto que todo coexiste en un presente eterno. La segunda premisa fue el dualismo cartesiano, la suposición de que existe una distinción fundamental entre la naturaleza y los humanos, entre la materia y la mente, entre el mundo físico y el mundo social/espiritual. Cuando Thomas Hooke redactó, en 1663, los estatutos de la Royal Society, inscribió como su objetivo el de "perfeccionar el conocimiento de las cosas naturales y de todas las artes útiles, manufacturas, prácticas mecánicas, ingenios e invenciones por experimento", agregando la frase: "sin ocuparse de teología, metafísica, moral, política, gramática, retórica o ló-

gica."¹ Esos estatutos encarnaban ya la división de los modos de conocer, en lo que C. P. Snow después llamaría las "dos culturas".

La ciencia pasó a ser definida como la búsqueda de las leyes naturales universales que se mantenían en todo tiempo y espacio. Alexandre Koyré, siguiendo la transformación de los conceptos europeos del espacio desde el siglo XV hasta el XVIII observa:

El Universo infinito de la nueva Cosmología, infinito en Duración así como en Extensión, en el que la materia eterna, de acuerdo con leyes eternas y necesarias, se mueve sin fin y sin objeto en el espacio eterno, heredó todos los atributos ontológicos de la divinidad. Pero sólo éstos; todos los demás se los llevó consigo la divinidad con su marcha.²

Los otros atributos del dios que se había ido eran, por supuesto, los valores morales de un mundo cristiano, como amor, humildad y caridad. Koyré no menciona aquí los valores que vinieron a ocupar su lugar, pero sabemos que el dios que se había ido no dejó tras de sí un vacío moral. Si los cielos se alejaron en forma casi ilimitada, lo mismo ocurrió con las ambiciones humanas. La palabra operativa pasó a ser progreso —dotada ahora del recién adquirido sentimiento de infinitud, y reforzada por las realizaciones materiales de la tecnología.

El "mundo" del que habla Koyré no es el globo terrestre sino el cosmos, en realidad se podría sostener que en ese mismo periodo la percepción del espacio terrestre en el mundo occidental estaba pa-

¹ Cit. en Sir Henry Lyons, *The Royal Society, 1660-1940*, Nueva York, Greenwood Press, 1968, p. 41.

² Alexandre Koyré, *Del mundo cerrado al universo infinito*, México, Siglo XXI, 1979, p. 256.

sando por una transformación en dirección contraria hacia la finitud. Para la mayoría de la gente sólo con los viajes de descubrimiento, que atravesaron el globo, la tierra llegó a cerrarse en su forma esférica. Es cierto que la circunferencia de esa esfera era mucho mayor que lo que imaginaba Colón, pero sin embargo era finita. Y además, con el uso y con el tiempo esos mismos viajes de descubrimiento establecieron las rutas comerciales y las subsecuentes divisiones del trabajo ampliadas, que acortarían constantemente las distancias sociales y temporales.

Sin embargo esa finitud de la tierra no era, por lo menos hasta hace muy poco, fuente de desánimo. El ideal y la visión de un progreso ilimitado extraía fuerza de la infinidad del tiempo y del espacio, pero la realización práctica del progreso en los asuntos humanos por medio del avance tecnológico dependía de la cognoscibilidad y explorabilidad del mundo, de la confianza en su finitud en ciertas dimensiones clave (especialmente su epistemología y geografía). De hecho en general se suponía que para lograr el progreso era necesario que nos libráramos completamente de todas las inhibiciones y de las limitaciones en nuestro papel de descubridores dispuestos a descubrir los secretos más íntimos y a utilizar los recursos de un mundo alcanzable. Hasta el siglo XX parecería que la finitud de la esfera terrestre había servido principalmente para facilitar las exploraciones y la explotación requeridas por el progreso, y para hacer prácticas y realizables las aspiraciones de Occidente al dominio. En el siglo XX, cuando las distancias terrestres llegaron a encogerse hasta un nivel que parecía constrictivo, las limitaciones fueron invocadas incluso como incentivo adicional para las exploraciones, siempre más hacia arriba y hacia afuera, necesarias para expandir aun más esa esfera de do-

minio. En suma, nuestra vivienda pasada y presente empezó a parecerse cada vez menos al hogar y cada vez más a una plataforma de lanzamiento, el lugar desde el cual nosotros, como hombres (y también unas pocas mujeres) de ciencia, podíamos lanzarnos al espacio, estableciendo una posición de dominio sobre una unidad cada vez más cósmica.

Progreso y descubrimiento podrían ser las palabras clave, pero hacen falta otros términos —ciencia, unidad, simplicidad, dominio e incluso “el universo”— para completar el lexicón. La ciencia natural, tal como se entendía en los siglos XVII y XVIII, derivaba principalmente del estudio de la mecánica celeste. Al principio los que intentaban establecer la legitimidad y prioridad de la búsqueda científica de las leyes de la naturaleza no hacían mayor distinción entre ciencia y filosofía. En la medida en que distinguían los dos dominios pensaban en ellos como aliados en la búsqueda de una verdad secular, pero a medida que el trabajo experimental y empírico pasó a ser cada vez más importante para la visión de la ciencia, la filosofía comenzó a aparecer para los científicos naturales cada vez más un mero sustituto de la teología, igualmente culpable de afirmaciones *a priori* de verdades imposibles de poner a prueba. Para el comienzo del siglo XIX la división del conocimiento en dos campos ya había perdido el sentimiento de que los dos eran esferas “separadas pero iguales”, adquiriendo en cambio un sabor jerárquico, por lo menos a los ojos de los científicos naturales —conocimiento cierto (ciencia), distinto de un conocimiento que era imaginado e incluso imaginario (lo que no era ciencia). Finalmente, en el inicio del siglo XIX el triunfo de la ciencia fue consagrado por la lingüística: el término ciencia, sin adjetivo calificativo, pasó a ser identificado principalmente (y a menudo exclusivamente) con la ciencia

natural.³ Ese hecho marcó la culminación de la ciencia natural de adquirir para sí una legitimidad socio-intelectual totalmente separada e incluso en oposición a otra forma de conocimiento llamada filosofía.

La ciencia, es decir la ciencia natural, estaba mucho más claramente definida que su alternativa, para la cual el mundo nunca se ha puesto de acuerdo en un nombre único. A veces llamada las artes, a veces las humanidades, a veces las letras o las bellas letras, a veces la filosofía y a veces incluso la cultura, o en alemán *Geisteswissenschaften*, la alternativa de la "ciencia" ha tenido un rostro y un énfasis variables, una falta de coherencia interna que no ayudó a sus practicantes a defender su caso ante las autoridades, especialmente debido a su aparente incapacidad de presentar resultados "prácticos". Porque había empezado a estar claro que la lucha epistemológica sobre qué era conocimiento legítimo ya no era solamente una lucha sobre quién controlaría el conocimiento sobre la naturaleza (para el siglo XVIII estaba claro que los científicos naturales habían ganado los derechos exclusivos sobre ese campo) sino sobre quién controlaría el conocimiento sobre el mundo humano.

La necesidad del estado moderno de un conocimiento más exacto sobre el cual basar sus decisiones había conducido al surgimiento de nuevas categorías de conocimiento desde el siglo XVIII, pero esas categorías todavía tenían definiciones y fronteras incier-

³ Esto es claro tanto en inglés como en las lenguas romances. Es menos claro en alemán, donde el término *Wissenschaft* sigue siendo usado como término general para el conocimiento sistemático, y donde lo que en inglés se llama "humanities" [y en español, humanidades] se llama *Geisteswissenschaften*, que traducido literalmente significa conocimiento de temas espirituales o mentales.

tas. Los filósofos sociales empezaron a hablar de "física social", y los pensadores europeos comenzaron a reconocer la existencia de múltiples tipos de sistemas sociales en el mundo ("¿cómo se puede ser persa?") cuya variedad requería una explicación. Fue en ese contexto como la universidad (que en muchos sentidos había sido una institución moribunda desde el siglo XVI, como resultado de haber estado demasiado estrechamente unida a la iglesia antes de esa fecha) revivió a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX como principal sede institucional para la creación de conocimiento.

La universidad revivió y se transformó. La facultad de teología perdió importancia y en ocasiones desapareció completamente o fue sustituida por un mero departamento de estudios religiosos dentro de la facultad de filosofía. La facultad de medicina conservó su papel como centro de capacitación en un campo profesional específico, ahora enteramente definido como conocimiento científico aplicado. Fue principalmente dentro de la facultad de filosofía (y en mucho menor grado en la facultad de derecho) donde se construyeron las modernas estructuras del conocimiento. Era a esa facultad (que en muchas universidades se mantuvo estructuralmente unificada, aunque en otras se subdividió) que ingresaban los estudiantes tanto de las artes como de las ciencias naturales, y fue allí que construyeron sus múltiples estructuras disciplinarias autónomas.

La historia intelectual del siglo XIX está marcada principalmente por esa disciplinarización y profesionalización del conocimiento, es decir, por la creación de estructuras institucionales permanentes diseñadas tanto para producir nuevo conocimiento como para reproducir a los productores de conocimiento. La creación de múltiples disciplinas se basaba en la creen-

cia de que la investigación sistemática requería una concentración hábil en las múltiples zonas separadas de la realidad, la cual había sido racionalmente dividida en distintos grupos de conocimientos. Esa división racional prometía ser eficaz, es decir intelectualmente productiva. Las ciencias naturales no habían esperado la resurrección de la universidad para establecer algún tipo de vida institucional autónoma, habían sido capaces de reaccionar antes porque tenían la capacidad de solicitar apoyo social y político con base en su promesa de producir resultados prácticos de utilidad inmediata. El ascenso de las academias reales en los siglos XVII y XVIII y la creación de las *grandes écoles* por Napoleón, reflejaban la disposición de los gobernantes para promover las ciencias sociales. Quizá los científicos naturales no tenían necesidad de las universidades para continuar con su trabajo.

Fueron más bien los que no eran científicos naturales —los historiadores, anticuarios, estudiosos de literaturas naturales— los que más hicieron por resucitar a las universidades durante el siglo XIX, utilizándolos como mecanismo para obtener apoyo del estado para sus trabajos eruditos. Ellos atrajeron a los filósofos naturales hacia las nacientes estructuras universitarias para beneficiarse del perfil positivo que éstas poseían, pero el resultado fue que desde entonces las universidades pasaron a ser la sede principal de la continua tensión entre las artes o humanidades y las ciencias, que ahora se definían como modos de conocimiento muy diferentes, y para algunos antagónicos.

En muchos países, y ciertamente en Gran Bretaña y en Francia, el trastorno cultural provocado por la Revolución francesa impuso cierta clarificación del debate. La presión por la transformación política y

social había adquirido una urgencia y una legitimidad que ya no resultaba fácil contener mediante la simple proclamación de teorías sobre un supuesto orden natural de la vida social. En cambio, muchos —sin duda con esperanzas de limitarlo— sostenían que la solución consistía más bien en organizar y racionalizar el cambio social que ahora parecía inevitable en un mundo en el que la soberanía del “pueblo” iba rápidamente convirtiéndose en la norma. Pero para organizar y racionalizar el cambio social primero era necesario estudiarlo y comprender las reglas que lo gobernaban. No sólo había espacio para lo que hemos llegado a llamar ciencia social, sino que había una profunda necesidad social de ella. Además, parecía coherente que si se intentaba organizar un nuevo orden social sobre una base estable, cuanto más exacta (o “positiva”) fuese la ciencia tanto mejor sería lo demás. Esto era lo que tenían presente muchos de los que empezaron a echar las bases de la ciencia social moderna en la primera mitad del siglo XIX, especialmente en Gran Bretaña y en Francia, cuando se volvieron hacia la física newtoniana como modelo a seguir.

Otros, más interesados en volver a tejer la unidad social de los estados, que habían sufrido violentos trastornos sociales o estaban amenazados por ellos, se volvieron hacia la elaboración de relatos históricos nacionales con el objeto de dar un soporte a nuevas o potenciales soberanías, relatos que sin embargo ahora no eran tanto biografías de príncipes como de “pueblos”. La reformulación de la “historia” como *geschichte* —lo que ocurrió, lo que ocurrió *en realidad*— debía darle credenciales impecables. La historia dejaría de ser una hagiografía para justificar a los monarcas y se convertiría en la verdadera historia del pasado explicando el presente y ofreciendo las bases

para una elección sabia del futuro. Ese tipo de historia (basada en la investigación empírica de archivos) se unió a las ciencias social y natural en el rechazo de la "especulación" y la "deducción" (prácticas calificadas de pura "filosofía"). Pero precisamente porque ese tipo de historia estaba interesada en las historias de los pueblos, cada una empíricamente diferente de la otra, veía con desconfianza e incluso con hostilidad los intentos de los exponentes de la nueva "ciencia social" de generalizar, es decir, de establecer leyes generales de la sociedad.

En el curso del siglo XIX las diversas disciplinas se abrieron como un abanico para cubrir toda una gama de posiciones epistemológicas. En un extremo se hallaba primero la matemática (actividad no empírica), y a su lado las ciencias naturales experimentales (a su vez en una especie de orden descendente de determinismo —física, química, biología). En el otro extremo estaban las humanidades (o artes y letras), que empezaban por la filosofía (simétrica de la matemática como actividad no empírica) y junto a ella el estudio de prácticas artísticas formales (literatura, pintura, escultura, musicología), y llegaban a menudo en su práctica muy cerca de la historia, una historia de las artes. Y entre las humanidades y las ciencias naturales así definidas quedaba el estudio de las realidades sociales con la historia (idiográfica) más cerca de las facultades de artes y letras, y a menudo parte de ellas, y la "ciencia social" (nomotética) más cerca de las ciencias naturales. A medida que la separación del conocimiento en dos esferas diferentes cada una con un énfasis epistemológico diferente, que se endurecía cada vez más, los estudiantes de las realidades sociales quedaron atrapados en el medio, y profundamente divididos en torno a esos problemas epistemológicos.

Todo esto, sin embargo, estaba ocurriendo en un contexto en el que la ciencia (newtoniana) había triunfado sobre la filosofía (especulativa), y por lo tanto había llegado a encarnar el prestigio social en el mundo del conocimiento. Esa división entre la ciencia y la filosofía había sido proclamada como un divorcio por Auguste Comte, aunque en realidad representaba principalmente el repudio de la metafísica aristotélica y no del interés filosófico en sí. Sin embargo, los problemas planteados parecían reales: ¿hay leyes deterministas que gobiernan el mundo?, ¿o hay un lugar y un papel para la invención y la investigación (humanas)? Además, los problemas intelectuales tenían presuntas implicaciones políticas. Políticamente el concepto de leyes deterministas parecía ser mucho más útil para los intentos de control tecnocrático de movimientos potencialmente anarquistas por el cambio, y políticamente la defensa de lo particular, lo no determinado y lo imaginativo parecía ser más útil, no sólo para los que se resistían al cambio tecnocrático en nombre de la conservación de las instituciones y tradiciones existentes, sino también para los que luchaban por posibilidades más espontáneas y radicales de introducir la acción humana en la esfera sociopolítica. En ese debate, que fue continuo pero desequilibrado, el resultado en el mundo del conocimiento fue que la ciencia (la física) fue colocada en todas partes en un pedestal y en muchos países fue relegada a un rincón aún más pequeño del sistema universitario. Eventualmente, en respuesta, algunos filósofos redefinieron sus actividades en formas más acordes con la ética científica (la filosofía analítica de los positivistas de Viena).

Se proclamó que la ciencia era el descubrimiento de la realidad objetiva utilizando un método que nos

permitía salir *fuera* de la mente, mientras se decía que los filósofos no hacían más que meditar y escribir sobre sus meditaciones. Esa visión de la ciencia y la filosofía fue afirmada con mucha claridad por Comte en la primera mitad del siglo XIX, cuando se propuso establecer las reglas que gobernarían el análisis del mundo social. Al revivir el término "física social", Comte expresaba claramente su interés político: quería salvar a Occidente de la "corrupción sistemática" que había llegado a ser "entronizada como instrumento indispensable del gobierno" debido a la "anarquía intelectual" manifiesta desde la Revolución francesa. En su opinión, el partido del orden se basaba en doctrinas superadas (católica y feudal), mientras que el partido del movimiento tomaba como base tesis puramente negativas y destructivas tomadas del protestantismo. Para Comte la física social permitiría la reconciliación del orden y el progreso al encomendar la solución de las cuestiones sociales a "un pequeño número de inteligencias de élite" con educación apropiada. De esa forma, la Revolución francesa "terminaría" gracias a la instalación de un nuevo poder espiritual. Así quedaba clara la base tecnocrática y la función social de la nueva física social.

En esa nueva estructura de conocimiento los filósofos pasarían a ser, en una fórmula célebre, los "especialistas en generalidades". Esto significaba que aplicarían la lógica de la mecánica celeste (que había llegado a la perfección en la versión de Laplace del prototipo newtoniano) al mundo social. La ciencia positiva se proponía representar la liberación total de la teología, la metafísica y todos los demás modos de "explicar" la realidad. "Entonces, nuestras investigaciones en todas las ramas del conocimiento, para ser positivas, deben limitarse al estudio de hechos reales

sin tratar de conocer sus causas primeras ni propósitos últimos."⁴

John Stuart Mill, contraparte inglesa y corresponsal de Comte, no habló de ciencia positiva sino de ciencia exacta, pero mantuvo igual el modelo de la mecánica celeste: "[La ciencia de la naturaleza humana] está lejos de alcanzar los estándares de exactitud que hoy se alcanzan en astronomía, pero no hay razón para que no pueda ser tan científica como el estudio de las mareas, o como lo era la astronomía cuando sus cálculos sólo habían alcanzado a dominar los fenómenos principales, pero no las perturbaciones."⁵

Pero si bien era claro que la base de las divisiones dentro de las ciencias sociales estaba cristalizando en la primera mitad del siglo XIX, la diversificación intelectual reflejada en la estructura disciplinaria de las ciencias sociales sólo fue formalmente reconocida en las principales universidades, en las formas en que las conocemos hoy, en el periodo comprendido entre 1850 y 1914. Es obvio que en el periodo comprendido entre 1500 y 1850 ya existía una literatura sobre muchos de los asuntos centrales tratados por lo que hoy llamamos ciencia social —el funcionamiento de las instituciones políticas, las políticas macroeconómicas de los estados, las reglas que gobiernan las relaciones entre los estados, la descripción de sistemas sociales no europeos. Todavía leemos a Maquiavelo y a Bodin, a Petty y a Grotius, a los fisiócratas franceses y a los maestros de la Ilustración escocesa

⁴ Auguste Comte, *A discourse on the positive spirit*, Londres, William Reeves, 1903, p. 21.

⁵ John Stuart Mill, *A system of logic ratiocinative and interactive*, vol. VIII, de *Collected works of John Stuart Mill*, Toronto, University of Toronto Press, 1974, vol. VI, cap. III, par. 2, p. 846.

igual que a los autores de la primera mitad del siglo XVIII, desde Malthus y Ricardo hasta Guizot y Tocqueville o Herder y Fichte. Incluso tenemos en ese periodo estudios tempranos de desviaciones sociales, como el caso de Beccaria. Sin embargo, todo esto aún no era del todo lo que hoy entendemos por ciencia social, y todavía ninguno de esos estudiosos consideraba que operaba dentro del marco de lo que más tarde serían consideradas como disciplinas separadas.

La creación de las múltiples disciplinas de ciencia social fue parte del intento general del siglo XIX de obtener e impulsar el conocimiento "objetivo" de la "realidad" con base en descubrimientos empíricos (lo contrario de la "especulación"). Se intentaba "aprender" la verdad, no inventarla o intuir la. El proceso de institucionalización de este tipo de actividad de conocimiento no fue simple ni directo. Ante todo, al principio, no estaba claro si esa actividad iba a ser una sola o debería dividirse más bien en varias disciplinas, como ocurrió después. Tampoco estaba claro cuál era el mejor camino hacia ese conocimiento, es decir qué tipo de epistemología sería más fructífera o incluso más legítima. Y lo menos claro de todo era si las ciencias sociales podían ser consideradas en algún sentido como una "tercera cultura", situada "entre la ciencia y la literatura" en la formulación posterior de Wolf Lepenies. En realidad, ninguna de esas preguntas ha tenido hasta ahora una respuesta definitiva. Todo lo que podemos hacer es observar las decisiones prácticas que se tomaron, o las posiciones mayoritarias que tendieron a prevalecer.

Lo primero que debemos observar es dónde se produjo esa institucionalización. La actividad en la ciencia social durante el siglo XIX tuvo lugar principalmente en cinco puntos: Gran Bretaña, Francia, las Alemanias, las Italias y Estados Unidos. La mayor

parte de los estudiosos y la mayor parte de las universidades (aunque por supuesto no todos) estaban en esos cinco lugares. Las universidades de otros países no tenían el prestigio internacional y el peso numérico de las situadas en esos cinco. Hasta hoy, la mayoría de las obras del siglo XIX que todavía leemos fueron escritas en uno de esos cinco países. La segunda cosa que debemos observar es que en el curso del siglo se propusieron un gran número y diversos conjuntos de nombres de "temas" o "disciplinas". Sin embargo, para la primera guerra mundial había una convergencia o consenso general en torno a unos pocos nombres específicos, y los demás candidatos habían sido más o menos abandonados. Esos nombres, que examinaremos a continuación, eran principalmente cinco: historia, economía, sociología, ciencia política y antropología. Como veremos, a esta lista podemos agregar las ciencias orientales (llamadas en inglés orientalismos), a pesar del hecho de que tímidamente el grupo no se consideraba a sí mismo como ciencia social. Más adelante explicaremos por qué no incluimos en esa lista la geografía, la psicología y el derecho.

La primera de las disciplinas de la ciencia social que alcanzó una existencia institucional autónoma real fue la historia. Es cierto que muchos historiadores rechazaron vigorosamente el nombre de ciencia social, y algunos lo rechazan aún hoy. Nosotros sin embargo consideramos las disputas entre los historiadores y las otras disciplinas de las ciencias sociales como disputas *dentro* de la ciencia social, como trataremos de mostrar claramente en el curso de este trabajo. La historia desde luego era una práctica muy antigua, como lo es el propio término. Los relatos del pasado, y en particular las descripciones del pasado del propio pueblo, del propio estado, eran una acti-

vidad familiar en el mundo del conocimiento y la hagiografía siempre había sido estimulada por quienes se encontraban en el poder. Lo que distinguía a la nueva "disciplina" de la historia que se desarrolló en el siglo XIX fue el énfasis riguroso que ponía en la búsqueda *wie es eigentlich gewesen ist* ("lo que ocurrió en realidad"), en la famosa frase de Ranke. ¿A diferencia de qué? Sobre todo a diferencia del relato de historias imaginadas o exageradas para halagar a los lectores o para servir a los propósitos inmediatos de los gobernantes o de cualquier otro grupo poderoso.

Es imposible pasar por alto hasta qué punto el lema de Ranke refleja los temas utilizados por las "ciencias" en su lucha con la "filosofía" —el énfasis en la existencia de un mundo real que es objetivo y cognoscible, el énfasis en la evidencia empírica, el énfasis en la neutralidad del estudioso. Además el historiador, al igual que el científico natural, no debía hallar sus datos en escritos anteriores (la biblioteca, lugar de la lectura) o en sus propios procesos de pensamiento (el estudio, lugar de la reflexión), sino más bien en un lugar donde se podían reunir, almacenar, controlar y manipular datos exteriores (el laboratorio/el archivo, lugares de la investigación).

Ese común rechazo de la filosofía especulativa acercó a la historia y la ciencia como modos de conocimiento "moderno" (es decir no medievales). Pero como los historiadores también rechazaban la filosofía, en cuanto implicaba búsqueda de esquemas generales que permitieran explicar datos empíricos, sintieron que la búsqueda de "leyes" científicas del mundo social los llevaría de vuelta al error. Esta doble significación del rechazo de la filosofía por los historiadores explica cómo sus obras pudieron no sólo reflejar el nuevo predominio de la supremacía de la ciencia en el pensamiento europeo sino también

anunciar y proponer vigorosamente una posición idiográfica y antiteórica. Es por esto por lo que durante todo el siglo XIX la mayoría de los historiadores insistió en que pertenecían a las facultades de letras y en general trataron de evitar cualquier identificación con la nueva categoría, las ciencias sociales, que lentamente se iba poniendo de moda.

Si bien es cierto que algunos de los historiadores de comienzos del siglo XIX empezaron, con alguna visión de una historia universal (último vínculo con la teología), la combinación de sus compromisos idiográficos con las presiones sociales provenientes de los estados, así como de la opinión pública educada, empujó a los historiadores a escribir principalmente sus propias historias nacionales, con una definición de nación más o menos circunscrita por un movimiento hacia atrás en el tiempo, del espacio ocupado en el presente por las fronteras estatales existentes o en construcción. En todo caso, el énfasis de los historiadores en el uso de archivos, basado en un profundo conocimiento contextual de la cultura, hizo que la investigación histórica pareciera ser más válida cuando cada quien la realizaba en su propia casa. Así fue como los historiadores, que no habían querido seguir trabajando en la justificación de los reyes, se encontraron dedicados a la justificación de las "naciones" y a menudo de sus nuevos soberanos, los "pueblos".

No hay duda de que eso era útil para los estados, aunque sólo fuera indirectamente, en términos de reforzar su cohesión social. No los ayudaba a decidir políticamente con sabiduría sobre el presente, y ciertamente no ofrecían mucha sabiduría sobre las modalidades del reformismo racional. Entre 1500 y 1800 los diversos estados ya se habían acostumbrado a dirigirse a especialistas, en general empleados públicos, para que los ayudaran a crear política, particu-

larmente en sus momentos mercantilistas. Esos especialistas ofrecían su conocimiento bajo diversos títulos, como jurisprudencia (término antiguo) y ley de las naciones (término nuevo), economía política (también un término nuevo, que casi literalmente significaba macroeconomía en el nivel de las entidades políticas), estadísticas (otro término nuevo, que inicialmente hacía referencia a datos cuantitativos sobre los estados), y *Kameralwissenschaften* (ciencias administrativas). La jurisprudencia ya se enseñaba en las facultades de derecho de las universidades, y las *Kameralwissenschaften* pasaron a ser tema de cursos en universidades germánicas en el siglo XVIII. Sin embargo, es sólo en el siglo XIX cuando empezamos a encontrar una disciplina llamada economía, a veces en la facultad de derecho pero a menudo en la facultad (a veces ex facultad) de filosofía. Y debido a las teorías económicas liberales prevalecientes en el siglo XIX la frase "economía política" (popular en el siglo XVIII) desaparece para la segunda mitad del siglo XIX para ser sustituida por "economía". Al eliminar el adjetivo "política", los economistas podían sostener que el comportamiento económico era el reflejo de una psicología individual universal, y no de instituciones socialmente construidas, argumento que a continuación podía utilizarse para afirmar la naturalidad de los principios de *laissez-faire*.

Las suposiciones universalizantes de la economía hicieron que su estudio se orientara fuertemente hacia el presente y en consecuencia la historia económica quedó relegada a un lugar secundario en los estudios de economía y la subdisciplina de la historia económica se desarrolló en gran parte a partir de los estudios de historia (y en parte se separó de ellos), más que de los de economía. El único intento importante en el siglo XIX por desarrollar una ciencia social

que no era ni nomotética ni idiográfica sino más bien una búsqueda de las reglas que rigen temas sociales históricamente específicos fue la construcción en la zona germánica de un campo llamado *Staatswissenschaften*. Ese campo cubría (en el lenguaje actual) una mezcla de historia económica, jurisprudencia, sociología y economía —insistiendo en la especificidad histórica de diferentes "estados" y sin hacer ninguna de las distinciones disciplinarias que estaban empezando a utilizarse en Gran Bretaña y en Francia. El propio nombre *Staatswissenschaften* ("ciencias del estado") indicaba que sus proponentes buscaban ocupar de alguna manera el mismo espacio intelectual que antes había cubierto la "economía política" en Gran Bretaña y en Francia, y por lo tanto la misma función de proporcionar conocimiento útil, por lo menos a largo plazo, para los estados. Esa invención disciplinaria floreció particularmente en la segunda mitad del siglo XIX pero por último sucumbió ante los ataques del exterior y los temores del interior. En la primera década del siglo XX la ciencia social alemana empezó a conformarse con las categorías disciplinarias en uso en Gran Bretaña y en Francia. Algunas de las figuras principales más jóvenes de la *Staatswissenschaften*, como Max Weber, tomaron la iniciativa de fundar la Sociedad Sociológica Alemana. Para la década de 1920 el término *Staatswissenschaften* había sido desplazado por *Sozialwissenschaften* ("ciencias sociales").

Al mismo tiempo que la economía iba convirtiéndose en una disciplina establecida en las universidades —orientada hacia el presente y nomotética— se estaba inventando una disciplina totalmente nueva, con un nombre inventado: sociología. Para su inventor, Comte, la sociología debía ser la reina de las ciencias, una ciencia social integrada y unificada que

era "positivista" —otro neologismo creado por Comte. Sin embargo en la práctica la sociología como disciplina se desarrolló en la segunda mitad del siglo XIX, principalmente gracias a la institucionalización y transformación dentro de las universidades de la obra de asociaciones de reforma social cuyo plan de acción había tendido principalmente a encarar el descontento y el desorden de las muy crecidas poblaciones de trabajadores urbanos. Al trasladar su trabajo al ambiente universitario esos reformadores sociales estaban en gran parte abandonando su papel activo en la presión por legislación inmediata. No obstante la sociología siempre ha conservado su preocupación por la gente común y por las consecuencias sociales de la modernidad. En parte con el objeto de consumir la ruptura con sus orígenes —las organizaciones de reforma social—, los sociólogos empezaron a cultivar el impulso positivista que, combinado con su orientación hacia el presente, los llevó también hacia el campo nomotético.

La ciencia política surgió como disciplina aún más tarde, no porque su tema, el estado contemporáneo y su política, fuera menos propicio para el análisis nomotético, sino principalmente debido a la resistencia de las facultades de derecho a renunciar a su monopolio en ese campo. La resistencia de las facultades de derecho ante ese tema podría explicar la importancia atribuida por los científicos políticos al estudio de la filosofía política, a veces llamada teoría política, por lo menos hasta la llamada revolución conductista del periodo posterior a 1945. La filosofía política permitió a la nueva disciplina de la ciencia política afirmar su posesión de un patrimonio que se remontaba a los griegos, e incluía a autores que siempre habían tenido un lugar asegurado en los planes de estudio universitarios.

Pero la facultad política no era suficiente para justificar la creación de una nueva disciplina, después de todo podía haber seguido enseñándose en los departamentos de filosofía, como en realidad ocurrió. La ciencia política como disciplina separada respondía a un objetivo ulterior: el de legitimar a la economía como disciplina separada. La economía política había sido rechazada como tema con el argumento de que el estado y el mercado operaban y debían operar según lógicas distintas. Y ésta lógicamente requería, como garantía a largo plazo, el establecimiento de un estudio científico separado del espacio político.

El cuarteto de historia, economía, sociología y ciencia política, tal como llegaron a ser disciplinas universitarias en el siglo XIX (en realidad hasta 1945), no sólo se practicaba principalmente en los cinco países de su origen colectivo, sino que en gran parte se ocupaba de describir la realidad social de esos mismos cinco países. No es que las universidades de esos cinco países ignoraran por completo al resto del mundo, sino más bien que segregaban su estudio sobre el resto del mundo en otras disciplinas.

La creación del sistema mundial moderno implicó el encuentro de Europa con los pueblos del resto del mundo, y en la mayoría de los casos la conquista de éstos. En términos de las categorías de la experiencia europea, encontraban dos tipos más bien diferentes de pueblos y de estructuras sociales. Había pueblos que vivían en grupos relativamente pequeños, que no tenían archivos ni documentos escritos, que no parecían participar en un sistema religioso de gran alcance geográfico y que eran militarmente débiles en relación con la tecnología europea. Para describir a esos pueblos se utilizaban términos genéricos: en inglés generalmente se les llamaba "tribus"; en otras

lenguas podía llamárseles "razas" (aunque este término más tarde fue abandonado debido a la confusión con el otro uso del término "raza", con referencia a agrupamientos bastante grandes de seres humanos con base en el color de la piel y otros atributos biológicos). El estudio de esos pueblos pasó a ser el nuevo campo de una disciplina llamada antropología. Así como la sociología en gran parte había comenzado como actividad de grandes asociaciones de reformadores sociales fuera de las universidades, también la antropología se había iniciado en gran parte fuera de la universidad como práctica de exploradores, viajeros y funcionarios de los servicios coloniales de las potencias europeas; y, al igual que la sociología, fue posteriormente institucionalizada como disciplina universitaria, aunque esa disciplina estaba totalmente segregada de las otras ciencias sociales que estudiaban el mundo occidental.

Algunos de los primeros antropólogos se interesaron por la historia natural de la humanidad (y sus presuntas etapas de desarrollo), igual que los primeros historiadores se habían interesado por una historia universal, pero las presiones del mundo exterior impulsaron a los antropólogos a convertirse en etnógrafos de pueblos particulares, y en general escogieron sus pueblos entre los que podían encontrar en las colonias internas o externas de su propio país. Esto casi inevitablemente implicaba una metodología muy concreta, construida en torno al trabajo de campo (con lo que cumplían el requisito de investigación empírica de la ética científica) y observación participante en un área particular (cumpliendo el requisito de alcanzar un conocimiento en profundidad de la cultura necesaria para su comprensión, tan difícil de alcanzar en el caso de una cultura tan extraña para el científico).

La observación participante siempre amenazaba con violar el ideal de la neutralidad científica, al igual que la tentación siempre presente para el antropólogo (así como para los misioneros) de convertirse en mediador entre el pueblo estudiado y el mundo europeo conquistador, particularmente porque el antropólogo solía ser ciudadano de la potencia colonizadora del pueblo en estudio (por ejemplo los antropólogos británicos en África Oriental y del Sur, los antropólogos franceses en África Occidental, los antropólogos norteamericanos en Guam o los que estudian a los indios norteamericanos, los antropólogos italianos en Libia). Su vinculación con las estructuras de la universidad fue la más importante de las influencias que obligaron a los antropólogos a mantener la práctica de la etnografía dentro de las premisas normativas de la ciencia.

La búsqueda del estado prístino, "antes del contacto", de las culturas, también indujo a los etnólogos a creer que estaban estudiando "pueblos sin historia", en la penetrante formulación de Eric Wolf. Esto podría haberlos llevado hacia una posición nomotética y orientada hacia el presente, similar a la de los economistas, y después de 1945 la antropología estructural avanzó principalmente en esa dirección. Pero inicialmente la prioridad correspondió a las necesidades de justificar el estudio de la diferencia y de defender la legitimidad moral de no ser europeo. Y por lo tanto, siguiendo la misma lógica de los primeros historiadores, los antropólogos se resistieron a la demanda de formular leyes, practicando en su mayoría una epistemología idiográfica.

Sin embargo, no era posible clasificar a todos los pueblos no europeos como "tribus". Hacía mucho tiempo que los europeos tenían contacto con otras llamadas "altas civilizaciones", como el mundo árabe

musulmán y China. Los europeos consideraban esas zonas como civilizaciones "altas" principalmente porque tenían escritura, sistemas religiosos difundidos en grandes áreas geográficas y una organización política (por lo menos durante largos periodos) en forma de grandes imperios burocráticos. El estudio de esas sociedades por europeos se había iniciado con religiosos en la Edad Media. Entre los siglos XIII y XVIII esas "civilizaciones" resistieron militarmente la conquista europea lo suficiente como para merecer respeto, a veces incluso admiración, aunque seguramente, al mismo tiempo, provocaban perplejidad.

Sin embargo, en el siglo XIX, como resultado de nuevos avances tecnológicos de Europa, esas "civilizaciones" se convirtieron en colonias o, por lo menos, semicolonias europeas. Los estudios orientales, que habían nacido dentro de la Iglesia justificados como auxiliares de la evangelización, pasaron a ser una práctica más secular, y eventualmente hallaron un lugar en las estructuras disciplinarias en evolución de las universidades. En realidad, la institucionalización de los estudios orientales fue precedida por la de los estudios sobre el antiguo mundo mediterráneo, lo que en inglés se llama "the classics", el estudio de la Antigüedad de la propia Europa. Esto también era el estudio de una civilización diferente de la de la Europa moderna, pero no fue tratada del mismo modo que los estudios orientales, más bien fue considerada como la historia de los pueblos definidos como los antepasados de la Europa moderna, a diferencia del estudio, digamos, del Antiguo Egipto o de Mesopotamia. La civilización de la Antigüedad se explicaba como la fase temprana de un único proceso histórico continuo que culminaba en la civilización "occidental" moderna, y por lo tanto era visto como parte de una saga singular: primero, la Antigüedad;

después, las conquistas bárbaras y la continuidad asegurada por la Iglesia; luego, el Renacimiento, con la reincorporación de la herencia grecorromana y la creación del mundo moderno. En este sentido la Antigüedad no tenía historia autónoma sino que más bien constituía el prólogo de la modernidad. En contraste, pero siguiendo la misma lógica, las otras "civilizaciones" tampoco tenían historia autónoma: más bien eran el relato de historias que se habían congelado, que no habían progresado, que no habían culminado en la modernidad.

Los estudios clásicos eran principalmente estudios literarios, aunque evidentemente se superponían con el estudio histórico de Grecia y Roma. En el intento de crear una disciplina separada de la filosofía (y de la teología), los clasicistas definieron su campo como una combinación de literaturas de todo tipo (y no sólo del tipo que los filósofos reconocían), artes (y su nuevo agregado, la arqueología) y la historia que se podía hacer al modo de la nueva historia (que no era mucha, dada la escasez de fuentes primarias). Esa combinación hizo que los estudios clásicos quedaran, en la práctica, cerca de las disciplinas que estaban surgiendo al mismo tiempo, y que tenían como foco las literaturas nacionales de cada uno de los estados principales del occidente europeo.

Ese tono "humanístico" de los estudios clásicos preparó el camino para las muchas variedades de estudios orientales que empezaron a aparecer en los planes de estudio de las universidades. Sin embargo, debido a sus premisas, los estudiosos orientalistas adoptaron una práctica muy especial: como se suponía que esa historia no progresaba, el foco de interés no era la reconstrucción de las secuencias diacrónicas, como en la historia europea, sino la comprensión y apreciación del conjunto de valores y de prácticas

que habían creado civilizaciones que, a pesar de ser consideradas "altas", fueron concebidas para ser nada más que inmóviles. Se sostenía que la mejor manera de alcanzar esa comprensión era por medio de una minuciosa lectura de los textos que encarnaban su sabiduría, y eso requería una preparación lingüística y filológica muy similar a la desarrollada tradicionalmente por los monjes en el estudio de los textos cristianos. En este sentido los estudios orientales se resistieron totalmente a la modernidad, y por consiguiente, en su mayor parte, no quedaron atrapados en la ética científica. Aún más que los historiadores, los estudiosos orientalistas no veían ninguna virtud en la ciencia social, y rehusaban rigurosamente cualquier asociación con ese campo, prefiriendo considerarse parte de las "humanidades". Sin embargo, llenaban un espacio importante en las ciencias sociales, porque por mucho tiempo los estudiosos orientalistas fueron prácticamente los únicos universitarios dedicados al estudio de realidades sociales relacionadas con China, India o Persia. Desde luego que además había unos pocos científicos sociales que se interesaban por comparar civilizaciones orientales con civilizaciones occidentales (como Weber, Toynbee y, menos sistemáticamente, Marx). Pero esos estudiosos comparativistas, a diferencia de los orientalistas, no estaban interesados en las civilizaciones orientales por sí mismas, sino que más bien su principal interés intelectual era siempre explicar por qué era el mundo occidental y no esas otras civilizaciones el que había avanzado hacia la modernidad (o el capitalismo).

Es preciso decir además una palabra sobre tres campos que nunca llegaron a ser del todo componentes principales de las ciencias sociales: la geografía, la psicología y el derecho. La geografía, al igual que la

historia, era una práctica muy antigua. A fines del siglo XIX se reconstruyó como una disciplina nueva, principalmente en universidades alemanas, que inspiró su desarrollo en otras partes. Los intereses de la geografía eran esencialmente los de una ciencia social, pero se resistía a la categorización: intentaba acercarse a las ciencias naturales gracias a su interés por la geografía física y las humanidades dentro de su preocupación por lo que se llamaba geografía humana (haciendo un trabajo en algunos sentidos similar al de los antropólogos, aunque con énfasis en la influencia del ambiente). Además, antes de 1945 la geografía fue la única disciplina que intentó de manera consciente ser realmente mundial en su práctica, en términos de su objeto de estudio. Ésa fue su virtud y posiblemente su desgracia. A medida que, a fines del siglo XIX, el estudio de la realidad social se fue compartimentando cada vez más en disciplinas separadas, con una división clara del trabajo, la geografía empezó a parecer anacrónica en su tendencia generalista, sintetizadora y no analítica.

Probablemente como consecuencia de esto la geografía fue durante todo ese periodo una especie de pariente pobre, en términos de números y prestigio, funcionando a menudo meramente como una especie de agregado menor de la historia. En consecuencia, en las ciencias sociales hubo un relativo descuido del tratamiento del espacio y el lugar. El acento en el progreso y la política de organización del cambio social dio una importancia básica a la dimensión temporal de la existencia social, pero dejó la dimensión espacial en un limbo incierto. Si los procesos eran universales y deterministas, el espacio era teóricamente irrelevante. Si los procesos eran casi únicos e irrepetibles, el espacio pasaba a ser un mero elemento (y un elemento menor) de la especificidad. En

la primera visión, el espacio era visto como una mera plataforma —en la que se desarrollaban los acontecimientos u operaban los procesos— esencialmente inerte, algo que estaba ahí y nada más. En la segunda, el espacio pasaba a ser un contexto que influía en los acontecimientos (en la historia idiográfica, en las relaciones internacionales realistas, en los “efectos de vecindad”, e incluso en los procesos de aglomeración marshallianos y externalidades). Pero esos efectos contextuales eran vistos en su mayoría como meras influencias —residuos que era preciso tener en cuenta para lograr mejores resultados empíricos, pero que no eran centrales para el análisis.

Sin embargo, en la práctica la ciencia social se basaba en una visión particular de la espacialidad, aunque no era declarada. El conjunto de estructuras espaciales por medio del cual se organizaban las vidas, según la premisa implícita de los científicos sociales, eran los territorios soberanos que colectivamente definían el mapa político del mundo. Casi todos los filósofos sociales daban por sentado que esas fronteras políticas determinaban los parámetros espaciales de otras interacciones clave —la sociedad de la ciencia, la economía nacional del macroeconomista, el cuerpo político del politólogo, la nación del historiador. Cada uno de ellos suponía una congruencia espacial fundamental entre los procesos políticos, sociales y económicos. En ese sentido la ciencia social era claramente una criatura, si es que no una creación, de los estados, y tomaba sus fronteras como contenedores sociales fundamentales.

La psicología es un caso diferente. También aquí la disciplina se separó de la facultad de filosofía tratando de reconstruirse a sí misma en la nueva forma científica. Sin embargo, su práctica terminó por definirse no tanto en el campo social sino princi-

palmente en el campo médico, lo que significaba que su legitimidad dependía de la estrechez de su asociación con las ciencias naturales. Además los positivistas, compartiendo la premisa de Comte (“el ojo no puede verse a sí mismo”), empujaron a la psicología en esa dirección. Para muchos la única psicología que podía aspirar a la legitimidad científica sería una psicología fisiológica, e incluso química. Así pues, esos psicólogos trataban de ir “más allá” de la ciencia social para llegar a una ciencia “biológica”, y en consecuencia, en la mayoría de las universidades la psicología eventualmente se trasladó de las facultades de ciencias sociales a las de ciencias naturales.

Desde luego, había formas de teorización psicológica que ponían el énfasis en el análisis del individuo en la sociedad, y los llamados psicólogos sociales trataron efectivamente de permanecer en el campo de la ciencia social; pero en general la psicología no tuvo éxito en el establecimiento de su plena autonomía institucional y padeció, frente a la psicología social, el mismo tipo de marginalización que sufrió la historia económica frente a la economía. En muchos casos sobrevivió al ser absorbida como subdisciplina dentro de la sociología. También hubo varios tipos de psicología social que no fueron positivistas, por ejemplo la *geisteswissenschaftliche* (de Windelband) y la psicología *Gestalt*. La teorización más fuerte e influyente en psicología, la teoría freudiana, que pudo haber vuelto a esa disciplina hacia una autodefinition como una ciencia social, no lo hizo por dos razones. Ante todo, porque surgió de la práctica médica; y en segundo lugar, porque su cualidad inicialmente escandalosa la convirtió en una especie de actividad de parias, lo que llevó a que los psicoanalistas crearan estructuras de reproducción institucional totalmente fuera del sistema universitario. Es posible que eso

haya preservado al psicoanálisis como práctica y como escuela de pensamiento, pero también significó que dentro de la universidad los conceptos freudianos hallaran lugar principalmente en departamentos que no eran el de psicología.

Los estudios legales son el tercer campo que nunca llegó a ser del todo una ciencia social. Ante todo, ya existía la facultad de derecho, y su plan de estudios estaba estrechamente vinculado a su función principal de preparar abogados. Los científicos sociales nomotéticos veían la jurisprudencia con cierto escepticismo. Les parecía demasiado normativa y con demasiado poca raíz en la investigación empírica. Sus leyes no eran leyes científicas, su contexto parecía demasiado idiográfico. La ciencia política se apartó del análisis de esas leyes y su historia para analizar las reglas abstractas que gobernaban el comportamiento político, de las cuales sería posible derivar sistemas legales adecuadamente racionales.

Hay un último aspecto de la institucionalización de la ciencia social que es importante señalar. El proceso tuvo lugar en el momento en que Europa estaba finalmente confirmando su dominio sobre el resto del mundo. Y eso hizo que surgiera la pregunta obvia: ¿por qué esa pequeña parte del mundo había podido derrotar a todos sus rivales e imponer su voluntad a América, África y Asia? Era una gran pregunta y la mayoría de las respuestas no fueron propuestas en el nivel de los estados soberanos sino en el nivel de la comparación de "civilizaciones" (como ya lo habíamos advertido previamente). Lo que había demostrado su superioridad militar y productiva era Europa en cuanto civilización "occidental", y no Gran Bretaña o Francia o Alemania, cualquiera que fuese el tamaño de sus imperios respectivos. Ese interés por el modo en que Europa se expandió hasta

dominar el mundo coincidió con la transición intelectual darwiniana. La secularización del conocimiento promovida por la Ilustración fue confirmada por la teoría de la evolución, y las teorías darwinianas se extendieron mucho más allá de sus orígenes en la biología. Aun cuando la física newtoniana era el ejemplo predominante en la metodología de la ciencia social, la biología darwiniana tuvo una influencia muy grande en la teorización social por medio de la metaconstrucción aparentemente irresistible de la evolución, donde se ponía gran énfasis en el concepto de la supervivencia del más apto.

El concepto de la supervivencia del más apto fue sometido a mucho uso y abuso, y a menudo fue confundido con el concepto de éxito en la competencia. Una interpretación, más bien, amplia de la teoría de la evolución pudo ser utilizada para dar legitimación científica al supuesto de que la evidente superioridad de la sociedad europea de la época era la culminación del progreso: teorías del desarrollo social que llegaba a su culminación en la civilización industrial, interpretaciones *whig* de la historia, determinismo climatológico, sociología spenceriana. Sin embargo, esos primeros estudios comparados de civilizaciones no eran tan estadocéntricos como la ciencia social plenamente institucionalizada, y por eso fueron víctimas del impacto de las dos guerras mundiales, que en conjunto minaron parte del optimismo liberal sobre el que se habían construido las teorías progresistas de las civilizaciones. Por eso, en el siglo XX la historia, la antropología y la geografía terminaron por marginar completamente lo que quedaba de sus antiguas tradiciones universalizantes, y la trinidad estadocéntrica de sociología, economía y ciencia política consolidó sus posiciones como núcleo (nomotético) de las ciencias sociales.

Así, entre 1850 y 1945 una serie de disciplinas llegó a definirse como un campo del conocimiento al que se le dio el nombre de "ciencia social". Eso se hizo estableciendo, en las principales universidades, cátedras, en una primera instancia; luego departamentos que ofrecían cursos y finalmente títulos en esa disciplina. La institucionalización de la enseñanza fue acompañada por la institucionalización de la investigación —la creación de publicaciones especializadas en cada una de las disciplinas; la construcción de asociaciones de estudiosos según líneas disciplinarias (primero nacionales, después internacionales); la creación de colecciones y bibliotecas catalogadas por disciplinas.

Un elemento esencial en ese proceso de institucionalización de las disciplinas fue el esfuerzo de cada una de ellas por definir lo que la distinguía de las demás, especialmente lo que la diferenciaba de cada una de las que parecían estar más próximas en cuanto a contenido en el estudio de las realidades sociales. A partir de Ranke, Niebuhr y Droysen, los historiadores afirmaron su relación especial con un tipo especial de materiales, especialmente fuentes documentales y textos similares. Insistieron en que lo que les interesaba era reconstruir la realidad pasada, relacionándola con las necesidades culturales del presente en forma interpretativa y hermenéutica, insistiendo en estudiar los fenómenos, incluso los más complejos, como culturas o naciones enteras, como individualidades y como momentos (o partes) de contextos diacrónicos y sincrónicos.

Los antropólogos reconstruyeron los modos de organización social de pueblos muy diferentes de las formas occidentales. Demostraron que costumbres muy extrañas a los ojos occidentales no eran irracionales, sino que funcionaban para la preservación y

reproducción de poblaciones. Estudiosos orientalistas estudiaron, explicaron y tradujeron textos de "grandes" civilizaciones no occidentales y fueron muy instrumentales en la legitimación del concepto de "religiones mundiales", lo que fue una ruptura con las visiones cristocéntricas.

La mayoría de las ciencias sociales nomotéticas acentuaba ante todo lo que las diferenciaba de la disciplina histórica: su interés en llegar a leyes generales que supuestamente gobernaban el comportamiento humano, la disposición a percibir los fenómenos estudiables como casos (y no como individuos), la necesidad de segmentar la realidad humana para analizarla, la posibilidad y deseabilidad de métodos científicos estrictos (como la formulación de hipótesis, derivadas de la teoría, para ser probadas con los datos de la realidad por medio de procedimientos estrictos y en lo posible cuantitativos), la preferencia por los datos producidos sistemáticamente (por ejemplo, los datos de encuestas) y las observaciones controladas sobre textos recibidos y otros materiales residuales.

Una vez distinguida en esta forma la ciencia social de la historia idiográfica, los científicos sociales nomotéticos —economistas, científicos políticos y sociólogos— estaban ansiosos por delinear sus terrenos separados como esencialmente diferentes unos de otros (tanto en su objeto de estudio como en su metodología). Los economistas lo hacían insistiendo en la validez de un supuesto *ceteris paribus* para el estudio de las operaciones del mercado. Los científicos políticos lo hacían restringiendo su interés a las estructuras formales del gobierno. Los sociólogos lo hacían insistiendo en un terreno social emergente ignorado por los economistas y los científicos sociales.

Puede decirse que todo esto fue en gran parte una historia exitosa. El establecimiento de las estructuras

disciplinarias creó estructuras viables y productivas de investigación, análisis y enseñanza que dieron origen a la considerable literatura que hoy consideramos como el patrimonio de la ciencia social contemporánea. Para 1945 la panoplia de disciplinas que constituyen las ciencias sociales estaba básicamente institucionalizada en la mayoría de las universidades importantes del mundo entero. En los países fascistas y comunistas había habido resistencia (a menudo incluso rechazo) hacia esas clasificaciones, pero con el fin de la segunda guerra mundial las instituciones alemanas e italianas se alinearon plenamente con el patrón aceptado, los países del bloque soviético hicieron lo mismo a fines de la década de 1950. Además, para 1945 las ciencias sociales estaban claramente distinguidas, por un lado, las ciencias naturales que estudiaban sistemas no humanos y, por el otro, las humanidades que estudiaban la producción cultural, mental y espiritual de las sociedades humanas "civilizadas".

Sin embargo, en el mismo momento en que las estructuras institucionales de las ciencias sociales parecían estar por primera vez plenamente instaladas y claramente delineadas, después de la segunda guerra mundial, las prácticas de los científicos sociales empezaron a cambiar. Eso debía crear una brecha, que estaba destinada a crecer, entre las prácticas y las posiciones intelectuales de los científicos sociales, por un lado, y las organizaciones formales de las ciencias sociales, por el otro.

2. DEBATES EN LAS CIENCIAS SOCIALES, DE 1945 HASTA EL PRESENTE

Las disciplinas constituyen un sistema de control en la producción de discurso, fijando sus límites por medio de la acción de una identidad que adopta la forma de una permanente reactivación de las reglas.

MICHEL FOUCAULT*

Después de 1945, tres procesos afectaron profundamente la estructura de las ciencias sociales erigida en los cien años anteriores. El primero fue el cambio en la estructura política del mundo. Estados Unidos salió de la segunda guerra mundial con una fuerza económica abrumadora, en un mundo políticamente definido por dos realidades geopolíticas nuevas: la llamada guerra fría entre Estados Unidos y la URSS y la reafirmación histórica de los pueblos no europeos del mundo. El segundo se refiere al hecho de que en los 25 años subsiguientes a 1945, el mundo tuvo la mayor expansión de su población y su capacidad productiva jamás conocida, que incluyó una ampliación de la escala de todas las actividades humanas. El tercero fue la consiguiente expansión extraordinaria, tanto cuantitativa como geográfica, del sistema universitario en todo el mundo, lo que condujo a la multiplicación del número de científicos sociales profesionales. Cada una de estas tres realida-

* Michel Foucault, *The archaeology of knowledge and the discourse on language*, Nueva York, Pantheon, 1972, p. 224 [*La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1970].